EN EL PUENTE

Coral Harbour, Isla de Southampton,
Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Coral Harbour, Isla de Southampton,
Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Coral Harbour, Isla de Southampton,
Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Coral Harbour, Isla de Southampton,
Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Coral Harbour, Isla de Southampton, Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Llegué al puente y no había nadie. Eran las diez de una noche soleada que reverberaba con los chasquidos de los rifles de los cazadores de focas y necesitaba agua. Por eso había dado la espalda a mi tienda junto al lago de perros aullantes y partido en pos del ruido de la corriente. El río estaba muy cerca. Los niños se bañaban en él a diario, si bien concedían que sus aguas no eran tan cálidas como las de Fossil Creek, donde yo había acampado una noche en que el viento casi me despedazó la tienda. En el pueblo había una piscina, pero ese año estaba cerrada por reformas y quien quisiera bañarse tenía que hacerlo bajo el puente.

Avancé pegado a la cima de la depresión que bordeaba el agua (el barro de la ladera me habría llegado por encima de las botas de plástico). Esa noche había tantos mosquitos que literalmente podía atraparlos en el aire a manotazos, y el sol creaba dobles reflejos de orlas anaranjadas en dos charcas. Subí gateando la ladera de grava de la zanja que allí

llamaban camino, pasé un estanque de hierbas de un verde exuberante y finas como fideos, propiamente un arrozal camboyano, y salí del camino en el río, que manaba de un reluciente lago violeta de fondo espectral antes de culebrear hacia un puente pintado de naranja donde habían escrito *I LOVE YOU* y *NAKOOLAK* y otras cosas. El agua titilaba con tenues reflejos anaranjados, una acuarela ligeramente pálida del rastro del sol, pasaba bajo el puente, rodeaba unas rocas bajas y salía a su desembocadura de hielo.

Y allí no había nadie.

Los niños habían terminado de bañarse por el momento, sin razón aparente, pues en ocasiones venían a medianoche. Pero, aun si hubieran estado, para mí habría sido demasiado tarde, pues ya no podía ser como ellos, aunque no se me daba mal simpatizar con ellos; y aun si me hubiera convertido en uno de ellos no habría sido capaz de matar pájaros en vuelo de una pedrada; y por tanto era demasiado tarde. De los adultos tampoco formaba parte. Aquella tarde había visto a dos bellezas bañándose. Una tenía novio y la otra no. La que estaba sola me había sonreído, pero para eso también era demasiado tarde. Otro amor verdadero o falso sólo me habría embrutecido más el alma. Luego estaban los jóvenes, a quienes las mujeres y todo lo demás les venía fácil. ¿Quieres pillarte un oso polar?, decían. No hay problema. Todo lo que tienes que hacer es coger tu arma y disparar. De modo que su compañía tampoco me apaciguaba, pues mi envidia era como una perdiz blanca, siempre medio a la vista y medio enterrada en esperanzas musgosas. Yo era un expoliador egoísta plantado a solas en la grava de debajo de aquel puente, mirando a los mosquitos atacarme las rodillas, escuchando al río fluir hacia la Bahía de Hudson, donde ya era casi demasiado tarde para que hubiera hielo.

Tenía la sensación de que debía extraer algo de mi estado. Como los refulgentes perfiles dorados de las puntas

de la hierba, estaba bordeado por un truco de la luz; sí, también por un borde real, pero nada capaz de entretenerme en aquella brillante monotonía.

A veces, quienes pasaban en quads por el camino de arriba, con las parkas abiertas a la brisa de la velocidad, me sonreían y saludaban con la mano. Pero estaba solo.

Ese era mi problema. Mis circunstancias no se diferenciaban de las de cualquier otro. A un chico que se había acercado a mi tienda le había preguntado qué haría esa noche. Ir al puente y ver a la gente bañarse, dijo. El muchacho estaba feliz, más o menos.

Volvieron, dos chicos y dos chicas, y me llamaron. Ahora estaba más solo que antes. Me quedé en el puente y los contemplé jugar. Fueron de la sombra al sol, llegaron a las piedras y luego al agua. La vadearon, las chicas con los zapatos en la mano, los chicos calzados. Iban a la isla cubierta de musgo. Se metieron en el agua violeta y fueron sorteando las afiladas piedras, doblando las rodillas y lanzando exclamaciones en inuktitut.

Por el camino llegaron corriendo dos chicos más.

Hola, exclamaron las chicas. ¿Vais a bañaros? ¿Vais a bañaros?

Yo les observaba para ver qué me había perdido. Daban la impresión de no hacer ningún movimiento sin propósito ni nada que no quisieran hacer. No hacían nada para ocupar el tiempo porque nadaban por el tiempo y lo respiraban. Sacudieron los brazos contra las camisas empapadas, se quedaron quietos, se pusieron los bañadores, todo ello con la ágil confianza de que hacer estas cosas era lo adecuado y de que después habría otras cosas buenas que hacer.

Pasó un camión que me regó de polvo blanco.

Me arrodillé para llenar la botella de agua de aquel arroyo sazonado de piedras, aquel arroyo que se curvaba alrededor del curvo horizonte. Sentí el toque frío de un mosquito contra la cara. Cuando la botella hubo rendido

su última burbuja de vacío, subí de vuelta a la carretera. La botella estaba helada y me pesaba en la mano. Me quedé en el puente y dos parejas que había visto en la iglesia llegaron en sus quads y me saludaron. Preguntaron a los jóvenes si el agua estaba caliente. Con ellos era distinto. Sopesaban posibilidades con una tolerancia calma. Podían aceptar o rechazar cualquier cosa. Pero, como los más jóvenes, eran dueños de sus vidas.

Yo estaba en el puente junto a todos ellos. Pero estaba solo.

Coral Harbour, Isla de Southampton, Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Todo cambió el día en que fui a bañarme. El frescor, la novedad, el encanto me cautivaron tanto que fui como ellos: comencé a aprenderme las vidas azules y verdes y pardas del agua, hablaba a gritos y salpicaduras con los críos envueltos en toallas como árabes. El agua nos corría por los labios. Rostros color naranja-rojizo, tensos de felicidad, nadaban a mi alrededor y me gastaban bromas. Los pequeños se montaban en mis hombros, aferrándose a mí, llamándome por mi nombre en el agua. Una pequeña se abrazaba las delgadas rodillas morenas contra la corriente y cruzaba de un lado a otro, bailando de piedra en piedra. Siempre estábamos tirando piedras a latas de refresco que lanzábamos a la corriente, o intentando derribar pájaros, si bien yo me aseguraba de jamás darle a nada vivo porque no era un cazador; mis amigos sí tenían una puntería bastante buena. Me alertaron sobre la extraña corriente del lado sur, a la altura del puente, donde vivían unos polluelos, que era tan fuerte que no se podía cruzar el río sin doblar corriente arriba. Yo dejé que me atrapara y me quedé enredado en vida.

Los chicos se tiraban continuamente del puente. Las chicas se vestían y desvestían en el lado reservado para ellas. Cuando salían iban tiritando.

A las diez u once de la noche, cuando el crepúsculo se elevaba de la isla como una bruma, el río se oscurecía bajo el puente hasta que éste parecía un altar púrpura en alto con su osa polar y sus estrellas, sus dos iglús y su hombre y su mujer entrando en la iglesia de ventanas amarillas. Me había sentido rechazado por el dios anglicano hasta el segundo domingo, cuando el sacerdote de túnica blanca me estrechó la mano y cantaron un himno en inglés; supe que aquello había sido por mí. El tercer domingo un hombre me prestó su ajado misal y el sacerdote dio parte del sermón en mi idioma. Me encantaba aquella iglesia. Los más pequeños gritaban, lloraban, hablaban, reían, salían y entraban a su antojo, brincaban a los brazos de sus padres y les besaban. La gente me sonreía en la puerta. Nadar era lo mismo. Entraba en las frescas aguas rocosas, tratando de no golpearme los dedos ni ser derribado de espaldas cuando los críos saltaban sobre mis hombros, accedía a participar en torneos submarinos con todos los contendientes, en especial con el niño de nueve años que mascaba tabaco y con el gordito cuyo brillante bañador negro se volvía del revés cuando hacía el pino bajo el agua, tras lo cual sacaba una piedra, soltándola con un chorro por la boca.

Faltaba poco para las nueve. El cielo era de un azul claro y corría un fresco viento nocturno. El sol estaba algo bajo en el cielo. Los chicos estaban encorvados, con las gorras caladas contra los mosquitos. No dejaban de hacer preguntas sobre mi chica india. Habían visto un desnudo suyo que había pintado yo. ¿Era inuk? ¿Era mía? ¿De qué color tenía el vello púbico? ¿De qué color tenía los pezones? ¿Tenía el boquete gordo? ¿Le chupaba yo el boquete?

Pero yo les atendía. Uno de ellos, el más feo y amable, ya había trabado confianza conmigo: En este pueblo, res-

pondemos a una pregunta sólo con *No sé* y *Puede*. Era el rechoncho y desgreñado que siempre iba en mono de faena y que me había enseñado que en el dialecto de aquel pueblo hola se decía *kujalu*, lo que en realidad significaba *vámonos a la cama*, y que adiós se decía *iti-pau*, que en realidad significaba *tienes el culo en ascuas*. Yo había dicho kujalu a un hombre serio que iba en un quad; el hombre se detuvo, me miró y preguntó educadamente: ¿Eres prostituto? El desgreñado y sus amigos rieron tanto que cayeron sobre los matojos glaseados de líquenes color verde pálido. Después de aquello vi al desgreñado a diario. Se acercaba en su quad Fourtrax, con la gorra de ala rosa bien calada y del revés, subía a una piedra y preguntaba a los críos temblorosos si el agua estaba caliente. Sin importar lo que éstos replicasen, él adelantaba el cuerpo, entrecerraba los ojos ante el agua, pestañeaba y se marchaba para coger su bañador y una toalla. La noche en que me gastó aquella broma, me enseñó lo de No sé y Puede.

Pues venga, ¿vale? ¿Tenía el boquete muy hondo?

No sé, dije, con la misma cara de póquer que él.

¿La dejaste preñada?

Puede.

¿Sí o no?

No sé.

Entonces esbozó despacio una gran sonrisa. Ya era uno de ellos.

A lo mejor esta noche también yo me pillo una, dijo uno de doce años.

¡Yo tengo cincuenta novias y las he dejado preñadas a todas!, exclamó orgulloso uno de nueve. (Le había conocido un día de polvo gris y polvo blanco en que partió hacia Fossil Creek un desfile de boda. Era aquel cuyo hermano mayor había visto un oso polar ese mismo día a seis millas, nadando tan campante.)

¿Vas a tirarte?, dijo el desgreñado.

Un instante después surgían cremosos salpicones blancos alrededor de los cuerpos rojizos. Yo revoloteaba con ellos por el agua exquisitamente fría. Contemplaba a aquellos críos tirar piedras, gatear en los bajíos, exclamar: Vamos, ¿vale?, de un lado a otro entre las dos orillas de grava y hierba bajo un viento helado de color púrpura.

Coral Harbour, Isla de Southampton, Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Una noche glacial y gris estaban todos en el puente. La chica que había robado mi mejor polaroid estaba en cuclillas sobre la barandilla, gritando: ¡Muy bien, cabrones!

¡Venga, Lydia, salta!, le gritaban desde el agua. ¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno!

¡Si no dejáis de hablar así nunca saltaré, joder!

Cuando me aproximé, me gritó: ¡Ni se te ocurra acercarte, hostia!

Parecía un niño en aquella postura sobre el puente, con el pelo húmedo y gris pegado al cráneo; muy diferente de cuando había estado en mi tienda, apoltronada de manera tan sexual, renegando y fumando. A esas alturas, prácticamente todos los que se bañaban en el río se habían acercado a verme. Los chicos visitaban mi tienda en grupos de tres o cuatro, eructaban y se tiraban pedos, bebían de mi cantimplora y escupían caramelos dentro cuando hablaban y luego los recuperaban de un sorbetón, se probaban mi gorra y mis gafas, daban gritos de risa por lo estúpidos que parecían con ellas puestas, bromeaban sobre follarse focas muertas, me decían que, si cagaba y me limpiaba el culo con una piedra, cuando disparase a una foca ésta se hundiría, colgaban nudos corredizos del techo; en resumen, buena compañía. El desgreñado me prestó su cosa favorita, un teclado electrónico, durante una noche y un

día sin que a mí se me ocurriera pedírselo, y estuve escuchándolo tocar el «Ave María» una y otra vez mientras los perros imploraban y maldecían al otro lado del agua. Los de diez y doce años siempre estaban dándome tabaco de mascar. Un chico me trajo un pedazo seco del caribú que su hermano había matado dos semanas antes en Arviat; otro me trajo un trozo de bannock que su madre acababa de hornear. Éste era el que hacía la colecta en un cesto de piel de foca y luego lo sostenía en alto por encima del altar hasta que la congregación había terminado de cantar el himno. ¡Cuando vuelvas, te llevaré donde los pájaros de colas puntiagudas y cogeremos sus huevos!, me prometió.

¡Colas no, picos!, dijo su amigo.

No, son colas. Un pico es una cola. Los pájaros tienen dos colas.

¿Esa es tu novia?, me preguntó un niño. Era de los que se dedicaban a flotar de espaldas, despidiendo largas chispas de luz por el cuerpo y la cabeza.

Puede.

¿Está *siempre* desnuda?

Puede.

¿La has dejado preñada?

No.

¿Por qué?, exclamó asombrado.

A veces también me visitaban chicas. Ese verano viví en un sitio excelente, un lugar entre dos lagos donde trabé amistad con una flor color amarillo tiza y centro amarillo limón, y con la larga y lanuda salchicha de un brote de sauce. Por la hierba danzaban pájaros pardos. Cuando mis invitadas se acercaban, las oía lanzar exclamaciones a los pájaros. Una chica dijo: De joven mi abuela veía un pájaro negro grande. Más grande que esta casita. Que se llevaba a los niños. Oía a las chicas descorrer la entrada trasera porque la delantera estaba rota; las oía desatarse los cordones de las botas mientras se arrodillaban sobre el generoso

montículo erizado de líquenes quebradizos. Las conocía; las había visto los domingos escuchando al pequeño trío de túnicas blancas del altar; conocía sus esbeltos brazos y la manera en que las camisas se les subían y dejaban entrever un destello de pechos con bikini en el agua. Se llamaban guarras unas a otras y hablaban de los chicos a los que querían follarse. Disparaban con mi pistola. Pedían algo con alcohol para beber, cosa que yo no tenía. A veces venían chicos y chicas juntos. Cuando la tienda estaba abarrotada, un chico ponía el abrigo sobre sus hombros y los de su chica para poder besarse en privado. Aquello también me recordaba al puente, donde las mujeres formaban tiendas con toallas o colchas mientras se cambiaban. Para entonces todo había empezado a recordarme el puente. Era como si aquella isla donde el agua latía a mi alrededor entre largos y azules dedos de charca llevados por el viento estuviera dentro de un pisapapeles. No había nada salvo aquello. De noche, a solas en la tienda, congelado del día de baño en el puente, soñaba con envolventes islas sauce con buenas piedras planas para cruzar y herbosos pantanos cubiertos de musgo a cada lado. El mundo se enfriaba y agrisaba a medida que las nubes se abrían paso a codazos en el cielo. Y por la mañana, cuando oía a mis amigos venir, sabía que iríamos juntos al puente. Me interesaba en sus amoríos, pues yo no era más que el ojo giratorio de una cámara que no podía ni debía amarles porque nunca regresaría. La chica que había robado mi mejor polaroid y el chico que siempre se metía en problemas estaban enamorados, creo, pero nunca me visitaron a la vez. Mi mejor polaroid era de él; por eso ella la había robado.

¿Tú juras?, había dicho ella.

No.

¿Por qué?, dijo con tono despectivo. ¿Te drogas?

A veces.

¿Por qué no todo el tiempo?

Cuando por fin saltó, sin previo aviso, mucho después de que todos la hubieran dejado por imposible, vi la danza de sus pequeños pechos a través de su camiseta mojada, las zapatillas de correr que le había cogido a uno de los más pequeños apuntadas feroces hacia abajo, y ya en el aire, con el sonido de tela desgarrada de un halcón que se lanza en picado para proteger su nido, se zambulló en las frías aguas pardas con un rugido y un chapoteo, apareciendo de inmediato entre las demás caras anaranjadas que se mecían arriba y abajo en el agua oscura manchada ocasionalmente de naranja por el reflejo del puente.

El chico al que amaba, el de la polaroid, era el que se había abierto las venas porque le habían pillado entrando en el despacho del alcalde, «sólo para ver qué había», y como su madre (el chico era adoptado) había dicho que ninguno de sus *verdaderos* hijos habría hecho algo así, él dijo: Me voy a morir, mamá.

El muchacho estaba en mi tienda, jugueteando con mi pistola de fogueo. Creo que mi tío me vio abriéndome las venas, dijo satisfecho. Le he dicho a mi primo que si mi padre no cambia, ¡lo voy a hacer de verdad!

Pasados unos minutos se estaba bañando y riendo.

Después de que la chica que le amaba saltara, él subió gateando la pared de grava forrada de malla del puente, dejó atrás a la pequeña aferrada al alambre que miraba un polluelo, hasta que estuvo a mi lado, en el punto desde donde su admiradora se había tirado, y en el silencio señorial del verano los dos contemplamos las negras espaldas de tortuga de las piedras bajo el verdor y las aguas pardas, y los flacos cuerpos fosforescentes de los críos hacer olas como puntas de flecha de obsidiana.

¡Tírate, Jobie!, exclamó la que le amaba. ¡O me salpicas bien o lo dejo!

Él fingió apartar la mirada de la cara vuelta hacia arriba de ella. Luego, sonriendo, se tiró. El río explotó con su

zambullida (el lago de donde venía el río era una hinchada nube gris manchada de sangre naranja).

¡Ah, me duele el dedo!, exclamó una chica lanzando un chorro de agua por la boca.

¿Y qué pasa con mis huevos?, gritó él y todos rieron.

La chica que le amaba estaba de pie donde el agua sólo llegaba a la rodilla, con las muñecas pegadas a los pechos, mirándole y temblando. ¡Vayamos a bucear al otro lado!, dijo. Y gateó hacia el sitio por el agua fría.

El chico que aparecía en la polaroid de los primos le retenía y él gritaba: ¡Suéltame ya!, y todos reían. Qué fuerte y perfecto era; fue venciendo la corriente palmo a palmo mientras las chicas se le colgaban y gritaban: ¡Un récord mundial!, y cuando a fuerza de gran empuje y un sinfín de brazadas, chorreando espuma por el espeso pelo negro, logró tocar la roca donde estaba el nido de pájaros, sólo sonrió con modestia y dijo: Agua clara y nada más. Pero la chica que le quería estaba plantada con gesto tímido al otro lado, donde él no había ido a bucear, sola.

La hermana pequeña del desgreñado, hincada de rodillas con una camisa azul húmeda, no estaba sola aunque nadie le hacía compañía en la desembocadura del río, donde divisaba tres figuras avanzando muy despacio en una canoa de aluminio, la proa hundiéndose casi hasta el nivel del agua a cada impulso de la figura alta, que al poco se desvanecieron tras un velero varado en medio del puerto. La hermana pequeña del desgreñado estrujaba el bañador en el agua marrón, volteándolo en silencio como si friera tiras de beicon. Era la niña de diez años que se había quemado la nariz fumándose un cigarro. El agua le bajaba por el puchero de los labios.

Coral Harbour, Isla de Southampton, Territorios del Noroeste, Canadá (1993)

Al volver del río, con las cruces blancas del cementerio aún por delante, hallé un sol más rubicundo, fracturado con astillas de nube oscura. Cogí el camino elevado, el único, viendo ya el hemisferio de mi tienda al otro lado de aquella llanura lacustre interrumpida por rocas medio hundidas, matas de hierba, pastos compartidos por líquenes musgosos y flores, y la esporádica colonia de sauces enanos que serpenteaba por la llanura como una maraña frondosa de alambre recio que se desenredaba en cualquier dirección. El verano se apresuraba a coro con la rapsodia amarilla de ranúnculos danzantes al viento. La oscuridad regresaba supurante. Inhalé la rojiza jalea de sol, la dulzura de la noche que parecía hecha de bayas derretidas.

Pisé una laja de piedra gris que rechinó sobre otra con una risa gruñona aterradora.

Tras media docena de horas confinado en la tienda por una lluvia ventosa, oí a los pájaros cantar otra vez y salí al encuentro de uno de los cielos más extraños y hermosos que había visto en mi vida: del cuerpo de una nube gris descendían rayos pálidos como patas de araña, entre otras zonas y charcos de la misma luz, cada uno de forma más fantástica, hileras de columnas flotantes como trazas en un témpano de hielo. Apenas soplaba un hálito de aire. Los pájaros clamaron, la hierba no se retrajo y al final llegó una ráfaga.

Atravesé el pueblo a pie. El chico de Arviat tenía un pájaro marrón en la mano, un polluelo. Lo dejó ir. Dijo: Si me lo quedaba igual la madre se ponía triste. E igual en unos minutos se moría de hambre. Una vez estaba jugando con un polluelo que se murió de hambre muy rápido.

Atravesé aquel pueblo de pequeñas casas planas, dejé atrás la enfermería, la reserva vallada (donde aún había

pedazos de hielo) y regresé al camino abierto, con la bahía a la derecha, una larga capa púrpura de garabatos de nieve en el horizonte, y luego nubes y viento.

Decían que a la chica que había robado mi mejor polaroid le gustaba hablar de suicidio. Decían que sus padres estaban siempre borrachos. Decían que sus padres no la querían. (Claro, conozco a su madre y a su padre, dijo un tipo blanco del pueblo que siempre me daba estofado de ternera y pastel porque se apiadaba de mi existencia desprotegida. Era un hombre bueno y estupendo y generoso que detestaba la idea de que alguien viera que era bueno. Regalaba dinero y tiempo a diestra y siniestra y montaba en cólera cuando le daban las gracias. Se sentaba a matar el tiempo vestido con un mono de trabajo de tela arrugada color metal agua, un veterano de incendios forestales, accidentes mineros, peleas de bar y malos viajes de ácido, aburrido y hastiado en el hotel recalentado, preocupado por su tensión sanguínea, viendo programas de aventuras, llevando la cuenta del número de P.E. ¿Qué son los P.E.?, pregunté. Pezones erectos, hijo, explicó. Hay que ser muy bisoño para no saber eso. Toma un poco más de pastel. Sí, conozco a su madre y su padre. Vaya si los conozco. Son incapaces de cuidar de sus hijos. Ambos trabajan en mi cuadrilla, *cuando* trabajan. No quiero echar a nadie porque la gente necesita el trabajo. Espero no tener que echarlos a ellos. Pero *detesto* a esos dos vagos bastardos. Deberían haberles atado los tubos. *Detesto* este sitio. En cuanto acabe mi contrato, me largo de aquí. *Detesto* a estos putos inuktituts. Piensan que este infierno es el mejor lugar del mundo y que nadie les diga lo contrario. Bueno, la verdad es que todo el mundo se caga en los nativos, pero una cosa no se les puede negar: aquí no hay problemas con los indios. Fue lo primero de lo que se ocuparon.)* Y esa era la historia de

* Los indios de Terranova y Labrador fueron perseguidos y exterminados en el siglo XIX.

la chica que había robado mi mejor polaroid. Su vida era como una charca fría y ancha que se apresuraba directa hacia ella con olas en forma de abanico, el viento arreciando, aún no lo bastante fuerte para arrojarle más espuma a la cara.

No me enteré de más, y no fui testigo de cada giro de su cortejo porque no era asunto mío y a fin de cuentas tenía mis propios baños que atender. (Budistas y cristianos coinciden en que un síntoma de desarrollo espiritual es beber más agua y disfrutarla más, por lo que nadar también debe venir bien.) Nadé hasta que tuve las manos insensibles y rojas. El grupo se sublevó cuando salí y emprendí el camino de vuelta, con el sol bajo por encima de los montones de rocas. Como no tenía toalla el desgreñado me prestó la suya. Éste era uno de tantos que parecían estar mirándote a los ojos pero que de pronto señalaban hacia la Bahía de Hudson y exclamaban: ¡Mira, Bill, una comadreja, una comadreja! ¡Ahí, ahí! Todos ellos veían cosas que yo era incapaz de ver. A veces me asombraban. Vivían en su isla entre las ruinas de una raza de gigantes. El chico de Arviat me llevó en su quad a Kirchoffer Falls, donde el agua era de un verde mar y estaba en apariencia gélida: transparente, arremolinada, llena de burbujas que parecían de gel de baño. Los mosquitos no nos descubrieron de inmediato. Me enseñó por dónde subir y bajar los escalones cubiertos de amapolas de un acantilado. Contemplé los inuksuks* de la ribera opuesta, que también era un largo acantilado compuesto de lajas de piedra rojiza con terraplenes de grava dispersos; y luego me enseñó la casa tuniit, un foso en el musgo rodeado de rocas.

* Los inuksuks que había alrededor de Coral Harbour estaban especialmente bien construidos. En el pasado habían servido para espantar a los caribús. Ahora no servían para nada. Tenían los brazos de piedra extendidos y las rodillas flexionadas como si cruzaran una corriente. Cada vez que miraba uno, tenía la sensación de que se había movido.

Los tuniit eran fuertes, dijo el chico de Arviat. Tan fuertes que podían levantar una piedra grande o un oso polar con una mano.

¿Qué les pasó?

Los inuit los mataron, creo, dijo. Un tuniit se acostó con una inuk, y un inuk se cabreó tanto que mató a un montón y los demás huyeron.

Cuando inquirí al desgreñado, éste dijo: Vinieron unos marineros y enfermaron. Todas sus mujeres murieron, de modo que no podían traer gente nueva al mundo.

¿Entonces están todos muertos?

Todos, salvo quizá uno o dos. Que no saben que son tuniit porque fueron adoptados.

¿Qué harías si descubrieras que eres uno de ellos?

No sé. Nadie me tocaría entonces porque sería muy fuerte.

Al día siguiente vi a la chica que había robado mi mejor polaroid de la mano con el chico al que amaba. Me alegré por ella. Me acerqué y le dije que era la saltadora más fuerte que había visto en mi vida. Dije que era tan fuerte que debía tener una o dos gotas de sangre tuniit y ella se echó a reír orgullosa.

¿Te parece Lydia bonita?, dijo la chica que tenía al lado.

Claro. Digo, puede.

¿En serio? ¿En serio quieres follarte a Lydia?

Puede.

¿Te gustan *todas* las chicas del pueblo?, dijo otra, estupefacta.

Puede, dije.

¿Por qué?

No sé.

¿Cuál te gusta más?

Tú, por supuesto.

Si te vienes a vivir aquí conseguirás una novia, dijo una chica con tono reconfortante.

Puede, dije yo.

Ahora era medianoche. Sobre la barandilla del puente se veían las siluetas de tres chicos contra la luz amarilla. El cigarro de Lydia le iluminaba el pecho de la parka multicolor como la luz de un árbol de Navidad. Supongo que esto me congelará o me matará, ¿no?, dijo su nuevo novio, zambulléndose. Enseguida todos se habían desnudado, algunos del todo, y jugaban en las frescas aguas verdosas, chicos y chicas juntos y en secreto. Algunos salieron para sentarse en la ribera de grava.

El novio de Lydia encendió una cerilla y dijo: Me gusta esto porque es la tundra, ¿vale? Aquí tenemos los caribús más gordos.